

---

# La vida de infancia en san Josemaría Escrivá. Una introducción

*The Life of Childhood according to Saint Josemaría Escrivá.  
An Introduction*

RECIBIDO: 13 DE DICIEMBRE DE 2009 / ACEPTADO: 11 DE ENERO DE 2010

---

**Maria Helena G. PRATAS**

Instituto Superior de Educação e Ciências. Lisboa. Portugal  
hpratas@isec.universitas.pt

**Resumen:** Los autores que estudian la vida de infancia, aún con divergencias en el modo de tratarlo, convergen generalmente en que tiene su origen en la Sagrada Escritura; que aparece, sobre todo a partir de la Edad Media, asociada a la devoción a la Infancia de Jesús. Consideran que sienta sus profundas y fecundas raíces en la filiación divina. Este estudio busca examinar si estas características se verifican en la vida y en los escritos de san Josemaría Escrivá. Los textos analizados parecen permitir afirmarlo, y que, en el autor, la infancia espiritual aparece como una concreción interior y existencial de la filiación divina.

**Palabras clave:** Infancia espiritual, san Josemaría Escrivá, Filiación divina.

**Abstract:** Although authors have different methods of studying spiritual childhood, they generally agree about its origins in the Holy Scriptures. They state that it first appears in the Middle Ages and is associated with devotion to the childhood of Jesus. The authors state that it establishes its deep and rich roots in divine filiation. This study examines whether these claims can be verified in the life and writings of Saint Josemaría Escrivá. The analysed texts appear to confirm that spiritual childhood, according to Saint Josemaría, is an inner and existential realisation of divine filiation.

**Keywords:** Spiritual Childhood, Saint Josemaría Escrivá, Divine Filiation.

• Qué es la vida de infancia, o infancia espiritual? Los autores que estudian este tema, aún con divergencias en el modo de tratarlo, están de acuerdo en general en que tiene un fundamento bíblico y que aparece, sobre todo a partir de la Edad Media, asociada a la devoción a la Infancia de Jesús<sup>1</sup>. Consideran que la infancia espiritual tiene sus profundas y fecundas raíces en la realidad de la filiación divina<sup>2</sup>. La expresión «infancia espiritual» surgió alrededor del siglo XIII, se desarrolló y difundió mucho en el siglo XVII, y se haría célebre gracias a las enseñanzas de Santa Teresa del Niño Jesús<sup>3</sup>.

### 1. ANCLADO EN LA FILIACIÓN DIVINA

La matriz existencial de la vida de infancia vivida por san Josemaría, ese ser como un niño delante de Dios, parece haberse formado en el seno de su vida familiar, de la propia vivencia del amor de sus padres<sup>4</sup>. Así lo evoca al referirse a un recuerdo de infancia sobre los brazos del padre que alza en el aire a su hijo pequeño: «¿Quién de vosotros no se acuerda de los brazos de su padre? Probablemente no serían tan mimosos, tan dulces y delicados como los de la madre. Pero aquellos brazos robustos, fuertes, nos apretaban con calor y con seguridad<sup>5</sup>».

Más tarde –entre octubre de 1931 y marzo de 1932– hubo un período de especial intensidad en su vivencia de la infancia espiritual, que aparece documentado en los *Apuntes íntimos* del Fundador del Opus Dei: Son de esta época más de cincuenta anotaciones que empiezan con la palabra *Niño*<sup>6</sup>. Mu-

<sup>1</sup> Cfr. POURRAT, P., «Enfance», en *Catholicisme* IV (1956) 132-133; NOYE, I., «Enfance de Jésus», en *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique* IV (1960) 652-682; GENNARO, C., «Infancia Espiritual», en *Diccionario de Espiritualidad* II (1987) 306-307; BERROUARD, M.-F., SAINTE-MARIE, F. y BERNARD, C., «Enfance Spirituelle», en *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique* IV (1960) 682-714. HERRÁN, L. M., «Infancia espiritual», en *Gran Enciclopedia Rialp* XII (1972) 692-694.

<sup>2</sup> Cfr. DE MEESTER, C., «Infancia Espiritual», en *Diccionario de Mística* (2002) 905. Cfr. BERROUARD, M.-F., «Enfance Spirituelle», 691; SAINTE-MARIE, F. y BERNARD, C., «Enfance Spirituelle», 712.

<sup>3</sup> Aunque Teresa de Lisieux no usó este término para designar su «caminito», éste vino a ser sinónimo de vida de infancia. Se hizo popular y pasó al Magisterio de la Iglesia y a los trabajos de Teología; cfr. DE MEESTER, C., «Infancia Espiritual», 905-906.

<sup>4</sup> Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, ed. crítico-histórica, Madrid: Rialp, 2002, 914.

<sup>5</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Amigos de Dios*, n. 148.

<sup>6</sup> Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 914. Sobre los *Apuntes Íntimos*, escritos de carácter reservado que el Fundador, por deseo expreso, no quiso que se leyeran antes de su muerte, cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei. Vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, I, *¡Señor, que vea!* Madrid: Rialp, 1997, 337ss.

chas de estas anotaciones autobiográficas, después de retirado el carácter personal, aparecen transcritas en su obra<sup>7</sup>. Este tiempo de gracias relacionadas con la vida de infancia –en especial desde la Novena de la Inmaculada hasta mediados de Enero de 1932– fue precedido y acompañado de una profunda vivencia de la paternidad de Dios y de su propia filiación divina y del descubrimiento de la infancia de Cristo<sup>8</sup>. Vale la pena encuadrar históricamente esos momentos.

El 2 de octubre de 1928 se había dado una intervención divina en la vida de san Josemaría, por la cual el Señor le había manifestado sus designios, que él presentía desde había varios años, sin saber en qué consistían. En esa fecha «vio» el Opus Dei como habría de ser a lo largo de los siglos: se le presentó, nítida, delante del alma, la visión de lo esencial de ese nuevo camino de santificación que Dios quería abrir en el mundo, sirviéndose de él cómo instrumento. Entendió claramente que «*no hay en el mundo una labor humana noble que no se pueda divinizar, que no se pueda santificar*»<sup>9</sup>. De ese modo, Dios venía al encuentro, como un padre, de la humanidad ocupada en sus quehaceres terrenos, para decirle que todo podía y debía ser vivido y transformado en un encuentro de amor de hijos con su Padre, en una aventura, ya no sólo humana, sino también divina, y él era el instrumento escogido para dar a conocer a todo tipo de personas, que Dios los llama a santificarse en medio del mundo<sup>10</sup>. En ese mismo instante quedó fundado el Opus Dei: «*Se han abierto a todos los hombres y mujeres los caminos divinos de la tierra*»<sup>11</sup>, como le gustaba decir.

Después de ese momento, fue recibiendo progresivamente, nuevas luces divinas sobre su misión. A lo largo de 1930 y 1931 se fueron perfilando aspectos esenciales del espíritu del Opus Dei, la Obra que Dios quería llevar a cabo en el mundo, a través de aquel que había escogido como Fundador. El 7 de agosto de 1931 recibió, en su intimidad, otra iluminación divina que realizaba el alcance del trabajo profesional como medio de santificación y de apostolado, para poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas<sup>12</sup>; y

<sup>7</sup> Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 917-943.

<sup>8</sup> Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 914.

<sup>9</sup> *Registro Histórico del Fundador* (RHF) 20755, 294-295, citado en VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei*, Madrid: Rialp, 1983, 113.

<sup>10</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei*, 113ss.

<sup>11</sup> *Carta 19-III-1954*, 10, citada en VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei*, 501.

<sup>12</sup> Cfr. RHF 20587, 400, citado en VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El Fundador del Opus Dei*, 126.

durante los meses de septiembre y octubre de 1931 tuvieron lugar experiencias espirituales de gran intensidad que le llevaron a profundizar en la vivencia de su condición de hijo de Dios<sup>13</sup>.

Es especialmente importante, en relación con el sentido de la filiación divina, un acontecimiento que san Josemaría vivió en 1931 y que narró en diversas ocasiones. Recojo palabras suyas que documentan la intensidad con que captó en su alma la realidad de la filiación divina como un elemento central de la espiritualidad que Dios le confiara: «*Este rasgo típico de nuestro espíritu nació con la Obra, y en 1931 tomó forma: en momentos humanamente difíciles, en los que tenía sin embargo la seguridad de lo imposible, de lo que hoy contempláis hecho realidad. Sentí la acción del Señor que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: Abba! Pater! –palabras de Rom 8, 15–. Estaba yo en la calle, en un tranvía (...). Probablemente hice aquella oración en voz alta<sup>14</sup>».*

En otra ocasión, detalla un poco más: «*Cuando el Señor me daba aquellos golpes, allá por el año treinta y uno, yo no lo entendía. Y, de pronto, en medio de aquella amargura tan grande, esas palabras: Tú eres mi hijo (Ps 2, 7), tú eres Cristo. Y yo sólo sabía repetir: Abba, Pater!; Abba, Pater! Abba! Abba! Abba! Y ahora lo veo con una luz nueva, como un nuevo descubrimiento: como se ve, al pasar de los años, la mano del Señor; de la Sabiduría divina, del Todopoderoso. Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón –lo veo con más claridad que nunca– es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios<sup>15</sup>».*

¿Qué golpes eran estos, que refiere? ¿Qué «*momentos humanamente difíciles*» atravesaba el Fundador del Opus Dei? Aunque no lo especifique aquí, le preocupaban asuntos de diversa naturaleza. Pesaban sobre sus hombros, por un lado, graves dificultades económicas: vivía en una situación de auténtica pobreza, a punto de no tener con que pagar el alquiler y hasta los transportes que tenía de utilizar; lo que le preocupaba no era el hecho de que él mismo no dispusiera de lo más indispensable, sino más bien el sufrimiento

<sup>13</sup> Cfr. REQUENA, F. M. y SESÉ, J., *Fuentes para la historia del Opus Dei*, Barcelona: Ariel, 2002, 24.

<sup>14</sup> *Carta 9-I-1959*, 60, citada en REQUENA, F. M. y SESÉ, J., *Fuentes para la historia del Opus Dei*, 26. Cfr. ILLANES, J. L., «Experiencia cristiana y sentido de la filiación divina en san Josemaría Escrivá de Balaguer», en *PATH* 7 (2008) 477-493.

<sup>15</sup> Citado en OCÁRIZ, F., «La Filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer», en RODRÍGUEZ Y OTROS (eds.), *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei. En el 50 aniversario de su fundación*, 2 ed. Pamplona: Eunsa, 1985, 177.

que esta penuria implicaba para sus familiares, como escribe en sus *Apuntes íntimos*<sup>16</sup>.

Por otro lado, su situación canónica en Madrid no estaba resuelta, lo que le obligaba a hacer diligencias que parecían inútiles, pues todo parecía complicarse, sin encontrar solución<sup>17</sup>.

Seguramente le dolería, de un modo especialmente intenso, la situación de odio y de persecución a la Iglesia que se producía en toda España, y también en Madrid, desde la proclamación de la Segunda República, el 14 de abril de 1931. Formaban parte del nuevo gobierno personas de ideologías violentamente hostiles a la religión, con ansias de exterminar las prácticas y las instituciones católicas. Se multiplicaban, incesantes, los ataques a sacerdotes y religiosos y los incendios a Iglesias, conventos y colegios dirigidos por religiosos. Entre los días 11 y 13 de mayo de ese año, ardieron 107 edificios religiosos, casi todas iglesias y conventos<sup>18</sup>. Y él mismo, por su condición de sacerdote, era constantemente objeto de insultos y de ataques personales, al recorrer las calles de la ciudad<sup>19</sup>.

Tampoco era, ciertamente, ajena a sus sufrimientos la conciencia de que tenía una inconmensurable tarea que realizar, en la cual todo estaba por hacer, y para la cual se le hacía bien patente la desproporción de sus fuerzas y de sus recursos. Precisamente por ese motivo, necesitaba apoyarse en la paternidad divina, más aún, abandonarse con total confianza al poder de Dios. Es lo que parece insinuar la referencia a esos «*momentos humanamente difíciles, en los que tenía sin embargo la seguridad de lo imposible, de lo que hoy contempláis hecho realidad*»<sup>20</sup>.

Cualesquiera que fuesen los motivos que le amargaban, la verdad es que la filiación divina pasó a ser entendida, a partir del momento que relatamos, no como una verdad teórica, sino contemplada y vivida como el punto de apoyo capital, como el fundamento en que se asentaría, no sólo su vida, sino también la Obra que Dios quería realizar en el mundo con su correspondencia.

La experiencia mística de Dios como Padre quedó, a partir de esta ocasión, profundamente grabada en el alma de san Josemaría, de un modo defi-

<sup>16</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El fundador del Opus Dei: vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, I, *¡Señor, que vea!*, Madrid: Rialp, 2002, 396-399.

<sup>17</sup> Cfr. *ibid.*, 403, 335-337; 376-379.

<sup>18</sup> Cfr. *ibid.*, 353.

<sup>19</sup> Cfr. *ibid.*, 359-364.

<sup>20</sup> Cfr. *Carta 9-I-1959*, 60, citada en REQUENA, F. M. y SESÉ, J., *Fuentes para la historia del Opus Dei*, 26.

nitivo<sup>21</sup>. La filiación divina es una constante en sus escritos y en su vida. Procuró siempre vivirla<sup>22</sup>. La vivió y de ella vivió en las diversas circunstancias que la vida le deparó.

En la filiación divina se fundamenta también el espíritu de la Obra de Dios, suscitada para proclamar la llamada universal a la santidad, a una vida contemplativa en medio del mundo, a través del trabajo profesional y del cumplimiento de los deberes cotidianos. san Josemaría lo afirma: «*La filiación divina es el fundamento del espíritu del Opus Dei*<sup>23</sup>». Al ser la filiación divina el fundamento de la espiritualidad de la Obra que Dios le confió, era natural que ésa fuera también el nervio central de sus enseñanzas, glosando y sacando todas las consecuencias de la doctrina de S. Pablo (Rom 8, 14-17)<sup>24</sup>. Tenía como misión recordar que todas las personas son llamadas a la santidad, a la plenitud de la filiación divina, por la plena identificación con el Hijo Unigénito del Padre, como «*hijos en el Hijo*<sup>25</sup>».

La filiación divina, además de ser el fundamento de la vida cristiana, es también una meta a alcanzar; vivirla en plenitud y tener conciencia de ella es la perfección de la vida cristiana, la santidad<sup>26</sup>. Esta particular conciencia de la filiación divina envuelve en cierto modo, todos los aspectos del espíritu del Opus Dei y de sus miembros; éstos se saben hijos de Dios que trabajan, no como asalariados, sino como herederos de la gloria; se esfuerzan por relacionarse con el Padre con la intimidad de hijos que se saben amados y protegidos; se sienten llamados a encaminar al Padre todos los hombres y todas las realidades humanas; reciben todo –alegrías, dolores, dificultades, la propia muerte– como venidas de las manos amorosas de su Padre Dios<sup>27</sup>.

<sup>21</sup> Cfr. BURGGRAF, J., «El sentido de la filiación divina», en BELDA, M. (dir.), *Santidad y Mundo. Estudios en torno a las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá*, Pamplona: Eunsa, 1996, 111-112.

<sup>22</sup> Como refiere el actual Prelado del Opus Dei, que convivió íntimamente con el Fundador; cfr. ECHEVARRÍA, J., *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, 2 ed. Madrid: Rialp, 2000, 199: «En 1969, nos alentaba: “a lo largo de estos cuarenta y un años, he procurado vivir siempre la filiación divina”».

<sup>23</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Es Cristo que Pasa*, 38 ed. Madrid: Rialp, 2001, 64. Cfr. *ibid.*, 65.

<sup>24</sup> Cfr. DEL PORTILLO, Á., *Presentación de Es Cristo que pasa*, 18-19.

<sup>25</sup> Cfr. OCÁRIZ, F., *Vocación a la santidad en Cristo y en la Iglesia*, en BELDA, M. (dir.), *Santidad y Mundo*, 38ss.

<sup>26</sup> Cfr. *Carta 2-II-1945*, 8, citada en DEL PORTILLO, Á., *Mons. Escrivá de Balaguer, testemunha do amor à Igreja*, Lisboa: Prumo, 1977, 60.

<sup>27</sup> Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El fundador del Opus Dei: vida de Josemaría Escrivá de Balaguer, I, ¡Señor, que vea!*, Madrid: Rialp, 2002, 356-357.

## 2. LA VIDA DE INFANCIA, CONCRECIÓN INTERIOR Y EXISTENCIAL DE LA FILIACIÓN DIVINA

En los escritos y en la vida de Josemaría Escrivá la filiación divina surge estrechamente entrelazada con la vida de infancia espiritual, como una concreción interior y existencial de esa misma filiación. En algunos de sus textos está bien explícita esta íntima relación entre la filiación divina y la vida de infancia.

Escribe en una de sus homilías que, aunque todos los hombres sean hijos de Dios, hay muchos modos de vivir esa filiación: «*¡un hijo puede reaccionar, frente a su Padre, de muchas maneras (...); que tengamos esa familiaridad y confianza con Él que nos hace pedir, como el niño pequeño, la Luna!*»<sup>28</sup>. Es propio de un hijo tratar a su padre, no de un modo formal, sino con un trato familiar, lleno de sinceridad y de confianza<sup>29</sup>.

Describe la filiación divina como un misterio consolador que «*enseña a tratar, a conocer, a amar a nuestro Padre del Cielo, y así colma de esperanza nuestra lucha interior; y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños*»<sup>30</sup>.

San Josemaría aclara –a propósito de la relación entre la filiación divina y la infancia espiritual– que, cuando era joven, tenía por costumbre, bastantes veces, no emplear ningún libro para la meditación. Solía recitar, paladeando, una a una, las palabras del Padre Nuestro», y *me detenía –saboreando– cuando consideraba que Dios era Pater, mi Padre, que me debía sentir hermano de Jesucristo y hermano de todos los hombres. No salía de mi asombro, contemplando que era hijo de Dios! Después de cada reflexión me encontraba más firme en la fe, más seguro en la esperanza, más encendido en el amor. Y nacía en mi alma la necesidad, al ser hijo de Dios, de ser un hijo pequeño, un hijo menesteroso. De ahí salió en mi vida interior vivir mientras pude –mientras puedo– la vida de infancia, que he recomendado siempre a los míos, dejándoles en libertad*<sup>31</sup>.

El tratar a Dios como un hijo pequeño surgió con toda naturalidad, como una necesidad de su alma; sin embargo, es importante aclarar que es característico del espíritu del Opus Dei –y de su Fundador– un gran amor a la

<sup>28</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Es Cristo que pasa*, 64. Cfr. HERRÁN, L. M., *Infancia espiritual*, 693.

<sup>29</sup> Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Es Cristo que pasa*, 64.

<sup>30</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Es Cristo que pasa*, 65. También Teresa de Lisieux fundamentó su espiritualidad de infancia en el dogma de la filiación divina y en un vivo sentimiento de filiación; cfr. PHILIPON, M.-M., *Le Message de Thérèse de Lisieux*, Paris: Saint-Paul, 1951, 60-61.

<sup>31</sup> *Carta 8-XII-1949*, 41, en VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El fundador del Opus Dei: vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, I, ¡Señor, que vea!, Madrid: Rialp, 2002, 404.

libertad personal. Expresó en sus *Apuntes íntimos*, de un modo muy claro, que no se debían uniformar las almas y que ningún miembro del Opus Dei –ni cualquier otra persona– sería nunca forzado a seguir, ni el camino de infancia, ni ninguna otra vía espiritual<sup>32</sup>.

Por ese motivo, san Josemaría aconseja, pero de ningún modo impone a nadie este modo de relacionarse con Dios, o cualquier otro. Dejó escrito: «*procura conocer la “vía de infancia espiritual” sin “forzarte” a seguir ese camino. Deja obrar el Espíritu Santo*»<sup>33</sup>. Hay mil modos de rezar. A los hijos de Dios no les hace falta un método determinado para dirigirse a su Padre; quien ama, sabe descubrir caminos personales para vivir en diálogo continuo con el Señor<sup>34</sup>.

Los teólogos y los autores espirituales contemporáneos, uniéndose a toda la Tradición, ven en la gracia del Bautismo, que nos hace hijos de Dios, el fundamento teológico de la espiritualidad de la infancia (cfr. Jo 3, 3-8)<sup>35</sup>. Por el Bautismo el cristiano está llamado a la santidad, a identificarse con Cristo, a ser *alter Christus* –o, como añadía san Josemaría, *ipse Christus*, el propio Cristo<sup>36</sup>–. Esta identificación o configuración con Cristo –que tiene sus raíces en la revelación neotestamentaria, sobre todo en San Pablo– es una realidad sobrenatural<sup>37</sup>. A través del Bautismo, el cristiano, al hacerse verdadero hijo de Dios, queda inserto en la misma vida divina, alcanza la maravillosa posibilidad de participar en esa corriente de amor que es el misterio de Dios Uno y Trino, y se capacita para irse identificando progresivamente con Cristo<sup>38</sup>.

Por la inhabitación de la Santísima Trinidad en la alma, se da una presencia sobrenatural de Dios en el cristiano, por la cual éste es transformado in-

<sup>32</sup> *Apuntes*, 535: «No es mi intención *uniformar* las almas de los “hombres de Dios”. Por el contrario (...) lo que veo es: 1º) hay que dar a conocer a todos y cada uno de los socios la vida de infancia espiritual; 2º) nunca se forzará a ningún socio a seguir este camino, ni ninguna otra vía espiritual determinada», en VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El fundador del Opus Dei: vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, I, ¡Señor, que vea!, Madrid: Rialp, 2002, 377.

<sup>33</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Camino*, 852.

<sup>34</sup> Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Amigos de Dios*, 255.

<sup>35</sup> Cfr. SAINTE-MARIE, F. y BERNARD, C., «*Enfance Spirituelle*», 712.

<sup>36</sup> Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Es Cristo que pasa*, 58, 11, 103; *Amigos de Dios*, 6. Sobre la identificación del cristiano con Cristo en san Josemaría, nuclear en su pensamiento, cfr. CARDONA, C., «La Clave de Forja», en GARRIDO GALLARDO, M. A., *La obra literaria de Josemaría Escrivá*, Pamplona: EUNSA, 2002, 139-150.

<sup>37</sup> Sobre este tema puede verse el estudio de ARANDA, A., «El cristiano, *Alter Christus*, *ipse Christus* en el pensamiento del beato Josemaría Escrivá de Balaguer», en BELDA, M. (dir.), *Santidad y Mundo*, 129ss.

<sup>38</sup> Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Amigos de Dios*, 252.



teriormente, deificado, divinizado o *endiosado* –según expresaban los Padres de la Iglesia–<sup>39</sup>, no como fruto de una conquista personal, sino de un modo absolutamente gratuito –«*Cristo vive en el cristiano. La fe nos dice que el hombre, en estado de gracia, está endiosado*»<sup>40</sup>– escribe san Josemaría.

El cristiano queda, en cierto modo, *endiosado* en dos sentidos: de un modo pasivo, porque Dios, a través de la gracia recibida en el Bautismo, le coloca dentro de su Vida intratrinitaria; y de un modo activo, porque, a través de la oración, conoce y ama, participando en la eterna actividad de conocimiento y de amor de Dios Uno y Trino. La oración es trato del hijo con su Padre, un hablar con Dios confiado, audaz, sobre todas las cosas, porque todo lo que es suyo interesa a Dios. Al hijo de Dios se le abren las puertas de la intimidad intratrinitaria y crece en la familiaridad con las tres divinas Personas, a través del trato con la Santísima Humanidad de Cristo<sup>41</sup>.

La gracia bautismal y la oración van desarrollando el sentido de la paternidad de Dios y de la propia filiación divina, y conducen a un relación de hijo –de hijo pequeño– con su Padre, en una vía de contemplación –en este caso, la vía de infancia– en la que brota la oración, espontánea, sin afectación, sin método; una oración que es como la respiración del alma; la vida se convierte en oración, y se ora para vivir mejor<sup>42</sup>; es un estar constantemente con la mirada fija en Dios –como ya decía Clemente de Alejandría– y en su amor, en un estado en el que ya no se distingue la oración de la vida<sup>43</sup>. La infancia espiritual es, pues, una forma de relacionarse con Dios, un trato íntimo y confiado, que conduce a un permanente diálogo contemplativo.

### 3. LA VIDA DE CRISTO, PASO POR PASO

La primera forma –el primer paso– que asumió la Santísima Humanidad de Cristo –vía para llegar al Padre (Jo 14, 6)– fue la de un niño: es la contemplación y el trato con Jesús Niño que pasamos ahora a considerar.

<sup>39</sup> Sobre las expresiones «deificado», «divinizado», «endiosado» que tienen sus raíces en la Tradición, cfr. LOBO MÉNDEZ, G., *Deus Uno e Trino*, Lisboa: Diel, 2006, 258ss.

<sup>40</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Es Cristo que pasa*, 103; cfr. *ibid.*, 133.

<sup>41</sup> Cfr. OCÁRIZ, F., *La Filiación divina*, 179-185.

<sup>42</sup> Cfr. DE LES GAVARRES, A., *Carisma de Teresa de Lisieux*, Barcelona: Eiunsa, 1993, 303.

<sup>43</sup> Cfr. SAINTE-MARIE, F. y BERNARD, C., «Enfance Spirituelle», 712; cfr. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Paedagogus*, I, 12, 16, 17: PG 8, 268d-269b.

La devoción a Jesús Niño está estrechamente unida a la vida de infancia, en san Josemaría. Desde muy pequeñito recitaba una oración infantil muy difundida: —«*Jesúsito de mi vida, eres Niño como yo; por eso te quiero tanto y te doy mi corazón*»<sup>44</sup>— con la que se ejercitó en la vivencia de la infancia espiritual. Esa devoción siguió a lo largo de los años. El 9 de octubre de 1931, escribía en sus *Apuntes íntimos*: «*de tu borrico, Niño-Dios, haz cuanto quieras: como los niños traviesos de la tierra, tírame de las orejas, zurra fuerte a este borricote, hazle correr para tu gusto... Quiero ser tu borrico, paciente, trabajador, fiel...*»<sup>45</sup>. San Josemaría se consideraba a sí mismo un borrico de Dios, y aquí, el borrico del Niño Dios. El autor se pone a disposición del Niño para que le coja de las orejas, le zurre, para correr a su gusto... Le interesa sólo que lo que piense, diga y haga, esté impregnado de amor: «*todo por Amor!*»<sup>46</sup>.

Sin embargo, su devoción al Niño Dios se intensificó de un modo especial meses más tarde, según relata él mismo. Algunos días después del 2 de octubre de 1931 —día en que, según afirma, aprendió a hacer oración de infancia<sup>47</sup>— fue al Patronato de Santa Isabel, del que era capellán. Cuenta: «*me han enseñado un Niño, que era un Sol. ¡No he visto Jesús más guapo! Encantador: lo desnudaron: está con los bracitos cruzados sobre el pecho y los ojos entreabiertos. Hermoso: me lo he comido a besos y... de buena gana lo hubiera robado*»<sup>48</sup>.

Esa imagen del Niño Jesús alimentó su oración y su afecto. Desde entonces, todas las semanas pedía que le enseñasen el «*chiquitín*». La devoción a Jesús Niño iba informando su vida interior y lanzando raíces profundas en su alma: «*El Niño Jesús: como me ha entrado esta devoción, desde que vi al grandísimo Ladrón (...) Jesús-niño, Jesús-adolescente: me gusta verte así, Señor, porque... me atrevo a más. ¡Me gusta verte chiquitín, como desamparado, para hacerme la ilusión de que me necesitas!*»<sup>49</sup>. Y lo bailaba, y lo arrullaba y lo mimaba, como si de un niño vivo se tratase<sup>50</sup>.

<sup>44</sup> Cfr. ECHEVARRÍA, J., *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, 172. Sobre la devoción a la Infancia de Jesús puede verse DOLZ, M., *Il Dio bambino. La Devozione a Gesu bambino dai Vangeli dell'infanzia a Edith Stein*, Milano: Mondadori, 2001.

<sup>45</sup> *Apuntes*, 313, *ibid.*, 347-348.

<sup>46</sup> *Apuntes*, 313, *ibid.*, 348.

<sup>47</sup> *Ibid.*, 405, citando *Apuntes*, 307.

<sup>48</sup> *Apuntes*, 328, *ibid.*, 406.

<sup>49</sup> *Apuntes*, 347, *ibid.*, 407. Cfr. ESCRIVÁ, J., *Forja*, 301.

<sup>50</sup> *Ibid.*, 406.

La devoción a la infancia de Jesús se afianzó en él, al mismo tiempo que la vida de infancia espiritual. Por esa vía el Señor iba, paradójicamente, fortaleciendo su alma y haciéndola tierna y delicada en su trato con Dios: «*suaviza las maneras de mi alma: dame, quiero que me des, dentro de la recia virilidad de la vida de infancia, esa delicadeza y mimo que los niños tienen para tratar a sus padres, con íntima efusión de amor*», pedía<sup>51</sup>.

Hay que explicar, sin embargo, que lo que es característico de san Josemaría es su especial predilección por los treinta años de la vida oculta de Cristo, vida de trabajo silencioso, que no llamó la atención: «*Se cumplirá en nosotros, paso por paso, la vida de Cristo*<sup>52</sup>», escribe, en consonancia con la Tradición cristiana, sobre el proceso de cristificación de la vida espiritual de los cristianos. Así lo afirmarían más tarde el Concilio Vaticano II: «*todos los miembros se deben conformar con Él, hasta que Cristo se forme en ellos. Por eso, somos asumidos en los misterios de su vida, configurados con Él*<sup>53</sup>». Aunque el Concilio no relacione aquí la identificación con la infancia y la vida oculta de Jesús –así llamada, por contraposición a la vida pública– no la excluye, evidentemente, pues no hay ningún motivo para que sólo algunos de los misterios de la vida de Cristo se reproduzcan en la vida del cristiano. San Josemaría Escrivá vino precisamente a llamar la atención para la relevancia de los años ocultos, oscuros, de la vida del Señor<sup>54</sup>.

Jesucristo es el camino que lleva, por el Espíritu Santo, al Padre. La vía es la Humanidad Santísima de Cristo<sup>55</sup>. Es, pues, necesario contemplar su paso por la tierra. La contemplación asidua, interiorizada, de la vida y de la palabra de Cristo –acompañada de la recepción de los Sacramentos– abre camino a la plena identificación con el Maestro: «*seguir a Cristo: éste es el secreto. Acompañarle tan de cerca, que vivamos con Él, como aquellos primeros doce; tan de cerca, que con Él nos identifiquemos. No tardaremos en afirmar, cuando no hayamos*

<sup>51</sup> *Apuntes*, 570, *ibid.*, 407. Cfr. *Camino*, 883.

<sup>52</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Es Cristo que pasa*, 21; cfr. *ibid.*: «tú, que por ser cristiano estás llamado a ser otro Cristo (...) ¿Estás viviendo la vida de Cristo en tu vida ordinaria en medio del mundo?».

<sup>53</sup> CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia, Lumen Gentium*, 7.

<sup>54</sup> Sobre su aprecio por la vida oculta de Cristo, cfr., por ejemplo, JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Es Cristo que pasa*, 14, 20; *Amigos de Dios*, 81, 89; *Camino*, 840. Tal vez por este motivo, «ocultarse y desaparecer» fue lema constante de su vida. Refiriéndose a este lema afirmó ser la médula de la infancia espiritual; cfr. *Apuntes*, 562, en VÁZQUEZ DE PRADA, A., cit., 415.

<sup>55</sup> Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Amigos de Dios*, 299.

*puesto obstáculos a la gracia, que nos hemos revestido de Nuestro Señor Jesucristo (cfr. Rom 13, 14)<sup>56</sup>».*

San Josemaría aconsejaba contemplar las escenas del Evangelio, como un personaje más, como una película, hasta que se grabasen en la memoria las palabras y la actuación del Señor. Al contemplar la vida de Cristo y al oír sus palabras, éstas penetran en el alma, transformándola, por la acción de la gracia (cfr. Heb 4, 12). Afirma: «*para ser ipse Christus hay que mirarse en Él (...) Cuando se ama a una persona, se desean saber hasta los mínimos detalles de su existencia, de su carácter; para así identificarse con ella. Por eso hemos de meditar la historia de Cristo, desde su nacimiento en un pesebre hasta su muerte y su resurrección (...) contemplarla como en una película (...). Si obramos así, si no ponemos obstáculos, las palabras de Cristo entrarán hasta en los pliegues del alma y del espíritu y nos transformarán<sup>57</sup>».*

Estas afirmaciones del seguimiento de Cristo como contemplación de sus pasos –de los misterios de su vida– que transforman el cristiano y le revisten de Cristo, están en sintonía con la Tradición<sup>58</sup>.

Le enamoraban todas las escenas y misterios de la vida de Jesús: el abandono en Belén, el trabajo en Nazaret, las innumerables escenas de la vida pública, su Pasión y la gloria de la Resurrección. Por ese motivo, la devoción a la infancia de Jesús en ningún momento tuvo en él un carácter de exclusividad. La actitud ardiente y apasionada para con Jesús Niño se hacía patente, especialmente al acercarse la Navidad: besaba con ternura sus imágenes, le acariciaba dulcemente, le miraba agradecido y con hambre de aprender<sup>59</sup>.

#### 4. LECCIONES ANTIGUAS Y NUEVAS DE LA INFANCIA DE JESÚS

San Josemaría pronunció algunas homilías en la época de Navidad, en las cuales contempla a Jesús Niño y se conmueve ante un Dios que se hizo hom-

<sup>56</sup> *Ibid.*

<sup>57</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Es Cristo que pasa*, 107; cfr. *Amigos de Dios*, 253. Cfr. GAROFALO, S., «El valor perenne del Evangelio», en FABRO, C., GAROFALO, S. y RASCHINI, M. A. (eds.), *Santos en el mundo. Estudios sobre los escritos del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid: Rialp, 1993, 136-165, especialmente 142-152. Cfr. CASCIARO, J. M., «La “lectura” de la Biblia en los escritos y en la predicación del beato Josemaría Escrivá de Balaguer», *Scripta Theologica* 34 (2002/1) 140: «si en la “lectura” bíblica del Fundador de la Obra quisiéramos encontrar un “método”, éste sería el que él mismo condensa en el sintagma “como un personaje más”».

<sup>58</sup> Cfr. ARANDA, A., *El cristiano, Alter Christus, ipse Christus en el pensamiento del beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, 129ss.

<sup>59</sup> Cfr. ECHEVARRÍA, J., *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, 173. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Forja*, 549.

bre –perfecto Dios y perfecto Hombre–<sup>60</sup>. Le contempla con deseo de aprender las lecciones que enseña: «*Nuestro Señor se encarnó, para manifestarnos la voluntad del Padre. Y he aquí que, ya en la cuna, nos instruye*<sup>61</sup>». Nos da ejemplo de cumplimiento de la voluntad del Padre, de sencillez, de naturalidad, de obediencia, de humildad...<sup>62</sup>. Se entrelazan diversos temas de la Tradición, con una llamada a la correspondencia de cada uno, en la vida corriente, lugar del encuentro personal con Dios –tema estrechamente relacionado con la espiritualidad que le había sido confiada–, interiorizando y actualizando, en la propia vida, lo que la Escritura narra<sup>63</sup>.

Vale la pena detenerse en una de estas homilías –*El triunfo de Cristo en la humildad*, pronunciada en la Navidad de 1963–, para considerar cómo son abordadas estas escenas tradicionales en la devoción cristiana. Ante el Niño, agradece las maravillas del amor divino para enamorarse más: «*Es preciso mirar al Niño, Amor Nuestro, en la cuna*<sup>64</sup>», para intentar penetrar en ese misterio, que en su oscuridad, es una luz que guía la vida de los hombres; recurre a las Escrituras y a los Padres de la Iglesia para profundizar en la comprensión del misterio; apela a una disposición de humildad intelectual, citando a San Juan Crisóstomo<sup>65</sup>; y al deseo de renovación interior y de cumplimiento de la voluntad divina, siguiendo las exhortaciones de San Bernardo y de Santo Agustín<sup>66</sup>.

Considera a Jesús como modelo, como solía hacer la Tradición cristiana. Escribe: «*He procurado siempre, al hablar delante del Belén, mirar a Cristo Señor nuestro de esta manera, envuelto en pañales, sobre la paja de un pesebre. Y cuando todavía es Niño y no dice nada, verlo como Doctor; como Maestro*<sup>67</sup>».

Sin embargo, la lección que aprende de Jesús Niño es bien distinta de la que daban los Padres y Doctores de la Iglesia, más en consonancia con la mi-

<sup>60</sup> Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Es Cristo que pasa*, 13. Pueden verse las homilías *El triunfo de Cristo en la humildad* y *En la Epifanía del Señor*, respectivamente en *Es Cristo que pasa* 12-21 y 31-38.

<sup>61</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Es Cristo que pasa*, 31.

<sup>62</sup> Cfr. *ibid.*, 13, 17, 18, 20, 31.

<sup>63</sup> Cfr. DEL PORTILLO, Á., «Presentación» de *Es Cristo que pasa*, 16-18.

<sup>64</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Es Cristo que pasa*, 13.

<sup>65</sup> Cfr. *ibid.*

<sup>66</sup> Cfr. *ibid.*, 15, 19.

<sup>67</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Es Cristo que pasa*, 14. La idea de Cristo como Doctor y Maestro es común a toda la Tradición, afirmada por los Padres de la Iglesia y sintetizada, por ejemplo, en Tomás de Aquino, en la frase «*omnis Christi actio, nostra est instructio*»: TOMÁS DE AQUINO, *Super Ioannem*, c. 11, lc. 6, n. 1555, en *Opera Omnia*, ed. Taurinii-Romae: Marietti, 1939-1967.

sión fundacional que había recibido de Dios. «*Hay que entender las lecciones que nos da Jesús ya desde Niño, desde que está recién nacido, desde que sus ojos se abrieron a esta bendita tierra de los hombres, aconseja. ¿Cuáles son las principales lecciones que descubre? El autor aclara: Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sentido divino. Por mucho que hayamos considerado estas verdades, debemos llenarnos siempre de admiración al pensar en los treinta años de oscuridad, que constituyen la mayor parte del paso de Jesús entre sus hermanos los hombres. Años de sombra, pero para nosotros, claros como la luz del sol. Mejor, resplandor que ilumina nuestros días y les da una auténtica proyección, porque somos cristianos corrientes, que llevamos una vida ordinaria, igual a la de tantos millones de personas en los más diversos lugares del mundo*<sup>68</sup>».

Ésta es una clave fundamental de su mensaje: aprender de los treinta años de la vida oculta de Cristo: esto es, una vida sin esplendor, sin brillo, sin llamar la atención, apenas conocida de los vecinos, de su familia, sin nada extraordinario. Ésta es la vida que cualquier cristiano corriente está llamado a imitar, y que le es accesible, pero no por eso menos importante. Así vivió Jesús seis lustros, conocido como el hijo del carpintero<sup>69</sup>.

Esos años silenciosos —«ocultos»— de la vida de Jesús son un llamamiento que Dios dirige a los hombres para que salgan del propio egoísmo y se entreguen generosamente a los demás y al cumplimiento de la voluntad divina en sus quehaceres cotidianos. Y añade, dirigiéndose al Señor: «*no me sueltes, no me dejes; trátame siempre como a un niño. Que sea yo fuerte, valiente, entero. Pero ayúdame, como a una criatura inexperta; llévame de tu mano, Señor; y haz que tu Madre esté también a mi lado y me proteja. ¡Y así, possumus, podremos, seremos capaces de tenerte a Ti por modelo!*<sup>70</sup>». Podremos tenerle por modelo, emprender este camino divino, porque Él lo ha hecho humano y asequible a nuestra flaqueza<sup>71</sup>, aclara.

Aconseja vivir sintiéndose hijos de Dios, con el deseo de cumplir la voluntad del Padre. Cuando Dios confía una misión a los hombres, cuando les llama con una vocación específica, es como si les extendiera su mano paternal, repleta de fortaleza y de amor, pues conoce la debilidad humana. Espera ape-

<sup>68</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Es Cristo que pasa*, 14.

<sup>69</sup> Cfr. *ibid.*

<sup>70</sup> IDEM, *Es Cristo que pasa*, 15.

<sup>71</sup> Cfr. *ibid.*

nas correspondencia, que se traduce en el esfuerzo –prueba de libertad– de coger esa mano que El nos acerca. Para conseguirlo «*hemos de ser humildes, hemos de sentirnos hijos pequeños*<sup>72</sup>».

Fijarse en el ejemplo de Cristo es el camino para desear corresponder a los llamamientos que Él dirige a través de las obligaciones de la vida corriente: en el cumplimiento de los deberes de estado, en la profesión, en el trabajo, en la familia, en la convivencia social, en la amistad, en el afán de realizar lo que es bueno y justo<sup>73</sup>. Después de esta disgresión por los años de la vida oculta del Señor, regresa de nuevo a la contemplación de Jesús Niño, una vez más bajo esta perspectiva de la correspondencia a la propia vocación cristiana: «*Cuando llegan las Navidades, me gusta contemplar las imágenes del Niño Jesús. Esas figuras que nos muestran al Señor que se anonada, me recuerdan que Dios nos llama, que el Omnipotente ha querido presentarse desvalido, que ha querido necesitar de los hombres. Desde la cuna de Belén, Cristo me dice y te dice que nos necesita; nos urge a una vida cristiana sin componendas, a una vida de entrega, de trabajo, de alegría*<sup>74</sup>». Jesús, que cumplió la voluntad de su Padre Dios, nos invita a hacer lo mismo<sup>75</sup>.

El autor llama la atención sobre la naturalidad y la sencillez de la vida del Señor. Esos años «ocultos» no son una simple preparación de los años de la vida pública: «*Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo*<sup>76</sup>». Esos años son un invitación que Dios dirige a los hombres para que se santifiquen y realicen la redención a través de las actividades y de las ansiedades de su vida profesional y social<sup>77</sup>. Con esos años de trabajo, Jesús vino a enseñar haciendo; vino a enseñar siendo modelo; fue Maestro y ejemplo, con su conducta<sup>78</sup>. De este modo, ese Jesús, que se hizo Niño, triunfó: «*¡Con el anonadamiento, con la sencillez, con la obediencia: con la divinización de la vida corriente y vulgar de las criaturas, el Hijo de Dios fue vencedor!*<sup>79</sup>».

<sup>72</sup> *Ibid.*, 17.

<sup>73</sup> Cfr. *ibid.*

<sup>74</sup> *Ibid.*, 18.

<sup>75</sup> Cfr. *ibid.*, 19.

<sup>76</sup> *Ibid.*, 20.

<sup>77</sup> Cfr. *ibid.*, 17, 20.

<sup>78</sup> Cfr. *ibid.*, 21.

<sup>79</sup> *Ibid.*

Es ése el sentido del caminar terreno de Jesús, así revela a los hombres de nuestro tiempo que «*se han abierto los caminos divinos de la tierra*<sup>80</sup>» –afirma una vez más–. Sus treinta años de trabajo silencioso –en los que no llamó la atención–, la naturalidad, la sencillez, la humildad con que procedió, son luz potente que ilumina la vida de los hombres corrientes, que no pueden esperar realizar hechos extraordinarios, gestas heroicas, pero que saben, sin embargo, que su vida callada y sin brillo, como la de Cristo, tiene también un valor y un sentido divinos y obedece a los designios salvadores de Dios<sup>81</sup>.

Se entrelazan en estos comentarios aspectos comunes a toda la tradición espiritual y aspectos nuevos que corresponden al cumplimiento de la vocación divina que Dios le confió, en cuanto Fundador del Opus Dei. Cualquiera que sea el tema que considere en su oración y en su predicación, le vienen al pensamiento y quedan plasmados en sus escritos, las ansias de llevar a cabo su misión, de proclamar que todos los caminos humanos de la tierra pasaron a ser también divinos, que no es necesario salir del mundo para vivir en íntima unión con Dios.

##### 5. ¿INFLUENCIA DE TERESA DE LISIEUX EN SAN JOSEMARÍA?

Aunque la espiritualidad de Escrivá sea muy diferente de la de Teresa de Lisieux –que tanto deseó alejarse del mundo para entrar en el Carmelo–, les acerca, sin embargo, la vivencia de la infancia espiritual, como vamos a considerar ahora.

El camino de infancia espiritual se había difundido mucho, especialmente a través de Santa Teresita del Niño Jesús, a quien san Josemaría tenía mucha devoción. Narra en sus *Apuntes íntimos* que el día 2 de octubre de 1931, tercer aniversario de la fundación del Opus Dei y fiesta de los Ángeles Custodios, invocó ardientemente a su Ángel: «*que me enseñe a amar a Jesús, siquiera, siquiera, como le ama él. Indudablemente Santa Teresita* –era la víspera de su fiesta– (...) *logró de mi Ángel Custodio que me enseñara hoy a hacer oración de infancia. ¡Qué cosas más pueriles le dije a mi Señor! Con la confiada confianza de un niño que habla al Amigo Grande, de cuyo amor está seguro*<sup>82</sup>».

<sup>80</sup> *Ibid.*

<sup>81</sup> Cfr. *ibid.*, 20.

<sup>82</sup> *Apuntes*, 307, citado por VÁZQUEZ DE PRADA, A., *ibid.*, 404-405. Cfr. *Apuntes*, 1348, citado por RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 914: «Ser niño (...) niño otra vez, y niño para siempre. Sancta Theresia a Iesu Infante, ora pro me!».



Conviene registrar, sin embargo, que san Josemaría comenta que no conoció en los libros el camino de infancia, aunque los hubiese leído, después de haberle Dios inspirado esa vía: «*No fue en los libros que conocí el camino de infancia, a no ser después de haberme hecho andar Jesús por esa vía*<sup>83</sup>».

En enero de 1932 –algún tiempo después de haber profundizado en la vida de infancia espiritual– relata, en sus *Apuntes íntimos*, cómo y cuando aprendió a vivir la espiritualidad de la infancia. Escribe –como hemos dicho– que no la conoció en los libros y que sólo después de vivirla reparó en la semejanza con el «caminito» de Teresa de Lisieux, a través de un obra que le llegó: «*Ayer, por primera vez comencé a hojear un libro que he de leer despacio muchas veces: “Caminito de infancia espiritual” por el P. Martín. Con esa lectura, he visto cómo Jesús me ha hecho sentir, hasta con las mismas imágenes, la vía de Santa Teresita. (...) Leeré también la “Historia de un alma”. Creo que ya la leí una vez, pero sin darle importancia, sin que, al parecer dejara poso en mí espíritu. Fue primero Mercedes, quien hizo que yo comprendiera y admirara y quisiera practicar la síntesis de su vida admirable: ocultarse y desaparecer. Pero este plan de vida, que en ella era consecuencia, fruto sabroso de su humildad íntima y profunda, no es otra cosa, a fin de cuentas, que la médula de la infancia espiritual. Entonces, me tomó Teresita y me llevó, con Mercedes, por María, mi Madre y Señora, al Amor de Jesús*<sup>84</sup>», añade el autor.

Hay algo, en este relato de sus *Apuntes*, que causa cierta sorpresa. *El autor parece identificar el núcleo del espíritu de infancia con ocultarse y desaparecer, que tomó como lema de su vida*<sup>85</sup>. ¿Qué significa esta afirmación, que no es nada usual y llega a parecer sorprendente? Es habitual identificar la vía de infancia con el amor, la confianza y el abandono en Dios, la sencillez. La humildad que es también característica de quien se hace pequeño, y sí se relaciona directamente con el «ocultarse y desaparecer» –en el texto arriba citado, el autor afirma que es el fruto sabroso de una humildad profunda– o con la «vida escondida»

<sup>83</sup> *Apuntes*, 560, *ibid.*, 415.

<sup>84</sup> *Apuntes*, 562, *ibid.*, 415. *Camino*, 856 se refiere a este libro: cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 915, 918-919. Esta Mercedes que refiere es Mercedes Reyna O’Farrill, una religiosa fallecida en 1929 con fama de santidad. San Josemaría la había conocido cuando era Capellán del Patronato de Enfermos y la atendió antes de morir.

<sup>85</sup> Sobre este lema en san Josemaría, véase CASCIARO, J. M., «Fundamentos bíblicos del lema “ocultarme y desaparecer” de san Josemaría Escrivá», en CHAPA, J., *Signum et testimonium. Estudios ofrecidos al Profesor Antonio García-Moreno en su 70 cumpleaños*, Pamplona: EUNSA, 2003, 273-295. Sobre este tema en Teresa de Lisieux puede verse PETITOT, H., *Sainte Thérèse de Lisieux. Une renaissance spirituelle*, Paris-Tournai-Roma: Desclée, 1926, 195-206.

de que habla san Josemaría<sup>86</sup>. Sin embargo, de ahí hasta llegar a afirmar que sea la «*médula de la infancia espiritual*», parece ir alguna distancia.

Tratemos de ver si en Teresa de Lisieux aparecen afirmaciones parecidas. Efectivamente, Teresa manifiesta el deseo ardiente de vivir olvidada, atribuyéndolo a la inspiración divina: «*la verdadera sabiduría consiste en “querer ser ignorada y tenida por nada” (...) tenía sed de sufrir y de ser olvidada*<sup>87</sup>»; sentía que la verdadera gloria es la que dura eternamente, y que, para llegar a ella, no es preciso hacer actos heroicos, «*sino esconderse y practicar la virtud*<sup>88</sup>». El aprecio por «ser ignorada» y «ser olvidada» es semejante al «*ocultarse y desaparecer*» de que habla san Josemaría, como el núcleo de la vida de infancia. Sin embargo, en Santa Teresita este deseo de ocultarse surge, con frecuencia, unido a la devoción a la Santa Faz de Jesús, tal como aparece profetizada en Isaías, desprovista de esplendor y de belleza (Is 53, 1-2)<sup>89</sup>, y no a los años de la vida oculta –de trabajo– del Señor, como acontece en san Josemaría<sup>90</sup>.

Aunque Teresa de Lisieux y Josemaría Escrivá sean profundamente diferentes, en su espiritualidad y en su vocación, se encuentran también muchas semejanzas entre ellos. Tienen en común una misma actitud de infancia espiritual, así como el aprecio por las cosas pequeñas<sup>91</sup>. Ambos consideran que la santidad no consiste en una perfección exenta de errores e imperfecciones, y que está, por lo tanto, al alcance de todos. Si Teresa vino llamar la atención para el hecho de que la santidad puede ser accesible a todos<sup>92</sup>, Josemaría vino a acentuar la doctrina de la llamada universal a la santidad<sup>93</sup>.

Es difícil determinar hasta qué punto las varias ideas e imágenes semejantes que encontramos entre ambos, fueron influencia directa de Teresa o sugeridas, sea por la acción del Espíritu Santo, sea por la tradición de los libros de espiritualidad. Podemos suponer que algunas de ellas, por la semejanza que

<sup>86</sup> Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Forja*, 624.

<sup>87</sup> THÉRÈSE DE L'ENFANT JÉSUS, *Histoire d'une ame*, Manuscrito A (71r). Teresa se compara frecuentemente a un grano de arena, escondido a los ojos de todos, visto sólo por Jesús: cfr. *Cartas*, 49, 74, 95, 103.

<sup>88</sup> IDEM, *Histoire d'une ame*, Manuscrito A (32r).

<sup>89</sup> Cfr. IDEM, *Novissima verba*, 5-VIII-1897, 9.

<sup>90</sup> Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Amigos de Dios*, 56, 81, 89; IDEM, *Camino*, 840, *Es Cristo que pasa*, 20.

<sup>91</sup> Cfr. IDEM, *Camino*, 813-830, capítulo sobre «Cosas Pequeñas».

<sup>92</sup> Cfr. PHILIPON, M.-M., *Le Message de Thérèse de Lisieux*, 122-128.

<sup>93</sup> Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Camino*, 291; *Forja*, 13; *Surco*, 125; IDEM, *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Madrid: Rialp, 1968, n. 72, donde san Josemaría manifiesta su alegría por que dicha doctrina hubiese sido proclamada por el Concilio Vaticano II.

manifiestan, tienen su origen en la lectura de los escritos autobiográficos de esta joven santa. Como hemos visto, atribuye su propia oración de infancia a la intercesión de Santa Teresita.

El *Caminito de infancia espiritual* del Padre Gabriel Martín –que san Josemaría meditó con frecuencia y que pudo haberle influido– procura ofrecer una síntesis de la «pequeña vía», del *caminito* de Santa Teresita<sup>94</sup>. Comienza por explicar que la infancia espiritual –que ahonda sus raíces en el Bautismo– consiste en la consideración de Dios como un Padre que está próximo a sus hijos y en la relación con Él como niños<sup>95</sup>. Las características de los niños son vistas como imágenes de las virtudes cristianas que son propias de la infancia espiritual: su pequeñez y flaqueza, la pobreza, la sencillez, la absoluta confianza, el abandono, el amor, son las virtudes propias de la infancia espiritual<sup>96</sup>, según el autor.

Ser pequeños y débiles delante de Dios equivale a ser humildes, con humildad de corazón: considerar que lo que se tiene de bueno es de Dios, y reconocer la incapacidad de llegar a la santidad por las propias fuerzas. De ahí que no se perturben con su pequeñez. Teresa decía, usando el lenguaje de San Pablo, que no se afligía viendo la propia flaqueza, sino que se gloriaba en ella y esperaba descubrir en sí nuevas imperfecciones todos los días<sup>97</sup>. Los niños son pobres, saben que no tienen nada suyo –a no ser la propia fragilidad–. Todo es de sus padres, que les van dando lo que necesitan. Santa Teresita afirmaba que lo que agradaba a Jesús en su alma era ver cómo amaba su pequeñez y su pobreza y la esperanza ciega en su misericordia<sup>98</sup>. De ahí que la confianza en Dios nunca sea excesiva, ni tampoco el amor y el abandono, por ser Dios tan bueno<sup>99</sup>. El amor es propio de este camino<sup>100</sup>; finalmente, todo en

<sup>94</sup> Cfr. MARTÍN, G., *O «Pequenino Caminho» de Infância Espiritual conforme a vida e escritos de Santa Teresa do Menino Jesus*, Viana do Castelo: P. Domingos Augusto Gonçalves Borlido, 1926, en la versión portuguesa. Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 932-933.

<sup>95</sup> Cfr. *ibid.*, 2-3.

<sup>96</sup> *Ibid.*, 7; cfr. 4-7. Sobre las virtudes de la infancia espiritual, puede verse el discurso pronunciado con ocasión de la declaración del decreto de la heroicidad de las virtudes de Teresa de Lisieux: BENEDICTO XV, *AAS*, 13 (1921) 449ss; cfr. PHILIPON, M.-M., *Le Message de Thérèse de Lisieux*, 65ss; PETITOT, H., *Sainte Thérèse de Lisieux*, 155ss.

<sup>97</sup> Cfr. *ibid.*, 10-12. Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Camino*, 879, 880 y 865: «Menino, oferece-Lhe todos os dias... las propias fragilidades».

<sup>98</sup> Cfr. *ibid.*, 13 y 15-24. Sobre este aspecto en san Josemaría puede verse, por ejemplo, *Camino*, 770, 865, 879, 887.

<sup>99</sup> Cfr. *ibid.*, 25-44; cfr. THÉRÈSE DE L'ENFANT JÉSUS, *Histoire d'une ame*, Manuscrito B (1r).

<sup>100</sup> Cfr. *ibid.*, 45-63ss. Cfr. THÉRÈSE DE L'ENFANT JÉSUS, *Histoire d'une ame*, Manuscrito B (4v).

él lleva al abandono<sup>101</sup>. Son estas las varias virtudes del camino de infancia, tal como lo presenta el libro del Padre Martín.

Al leer la obra de Santa Teresita y varios de los escritos de san Josemaría, se encuentra una misma actitud de infancia, con muchas características comunes –el amor, el abandono y la confianza en Dios, la sencillez, la osadía humilde–. Usan también algunas expresiones comunes, tales cómo: «Apóstol de apóstoles», «paz y alegría»<sup>102</sup>, «hacer buena cara»<sup>103</sup>, «¡qué bueno eres!» –referido a Dios–<sup>104</sup>. Sin embargo, este hecho no significa necesariamente que resulten de la influencia de Santa Teresita, pues son expresiones relativamente corrientes, y algunas de ellas ni siquiera son muy frecuentes en los escritos de los dos autores. Es común a ambos la metáfora «alfilerazos» para designar los pequeños contratiempos y sacrificios que surgen en la vida de cada día<sup>105</sup>, así como algunas imágenes: la comparación de la elevación del alma a un ave que levanta vuelo<sup>106</sup> –tradicional en la literatura espiritual– o la de los escalones que es necesario subir en el camino de santidad. Esta imagen debe estar, efectivamente, inspirada en Teresa de Lisieux, pues es uno de sus textos fundamentales en lo que respecta a la infancia espiritual. Para un niño pequeño, subir los escalones –de la santidad– supone un enorme esfuerzo, hasta que Dios, compadecido, le toma amorosamente en sus brazos. Vale la pena reproducir el punto de *Forja* en que san Josemaría visualiza la escena: «*los niños, los niños chiquitines y sencillos, ¡cuánto sufren para subir un escalón! Están allí, al parecer, perdiendo el tiempo. Por fin, han subido. Ahora, otro escalón. Con las manos y los pies, y con el impulso de todo el cuerpo, logran un nuevo triunfo: otro escalón. Y vuelta a empezar. ¡Qué esfuerzos! Ya faltan pocos..., pero, entonces, un traspies... y ¡hala!... abajo. Lleno de golpes, inundado de lágrimas, el pobre niño comienza, recomienza el ascenso. Así, nosotros, Jesús, cuando estamos solos. Cogenos Tú en tus brazos amables, como un Amigo grande y bueno del niño sencillo; no nos dejes hasta que estemos arriba; y entonces –¡oh, entonces!–, sabremos corresponder a tu Amor Misericordioso, con audacias infantiles, diciéndote, dulce Señor, que, fuera de María y de José, no ha habido ni habrá mortal –eso que los ha habido muy locos– que te quiera como te quiero*

<sup>101</sup> Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Camino*, 853: «Camino de infancia. – Abandono. – Niñez espiritual».

<sup>102</sup> Cfr. IDEM, *Camino*, 811 y *Camino*, 768.

<sup>103</sup> Cfr. *ibid.*, 626.

<sup>104</sup> Cfr. *ibid.*, 894.

<sup>105</sup> Sobre los alfilerazos, cfr. THÉRÈSE DE L'ENFANT JÉSUS, *Cartas* 57, 62; cfr. ESCRIVÁ, J., *Camino*, 204; *Forja*, 329.

<sup>106</sup> Cfr. THÉRÈSE DE L'ENFANT JÉSUS, *Histoire d'une ame*, Manuscrito B (4r-5v).

yo<sup>107</sup>». Aunque no sepamos la fecha en que escribió este punto, debe estar inspirada en Santa Teresita, tanto la mención al Amor Misericordioso<sup>108</sup>, como la imagen de los escalones –que el niño tiene dificultad en subir– sustituidos por los brazos de Jesús, que la Santa compara al ascensor que utiliza, pues se ve demasiado pequeña «*para subir la difícil escalera de la perfección (...) ¡el ascensor en que he de subir al Cielo son vuestros brazos, mi Jesús! Para eso no preciso crecer; por el contrario, tengo de ser pequeñita, hacerme cada vez más pequeñita*<sup>109</sup>». Sin embargo, la descripción es profundamente diferente en la forma, en el estilo, en la fuerza con que el autor describe el esfuerzo y el traspies del niño, o en el modo como declara su «locura» de amor.

Además de la vida de infancia, que hemos estado considerando, es evidente la importancia que tanto Teresa de Lisieux como Josemaría Escrivá dan a las cosas pequeñas de la vida corriente, realizadas con amor, como hemos dicho<sup>110</sup>. Es importante aclarar que Teresa las relaciona con la infancia espiritual, y que san Josemaría prefiere hablar de ellas, por ejemplo en *Camino*, en un capítulo separado, tal vez –como sugiere Pedro Rodríguez– para darles más fuerza y mayor universalidad y no delimitarlas sólo a una espiritualidad –la vía de infancia– que considera facultativa, algo que no se puede imponer a nadie, en cuanto que el cuidado de las cosas pequeñas no es algo optativo, sino una dimensión fundamental y constitutiva de la santificación del trabajo profesional y de la vida cotidiana que predicaba<sup>111</sup>.

Es interesante observar que, mientras Teresa dice que es «*un alma muy pequeñita, que sólo sabe ofrecer a Dios cosas también muy pequeñitas*<sup>112</sup>», Josemaría escribe, en contraste con ella: «*las almas grandes tienen muy en cuenta las cosas pequeñas*<sup>113</sup>». Parece evocar la expresión de Santa Teresita, pero dándole una mayor dimensión, que acentúa el valor de las pequeñas cosas en el camino de la santidad.

Hay, efectivamente, varias coincidencias en la doctrina e imágenes semejantes; sin embargo, lo que quizá llama más la atención, al leer a los dos auto-

<sup>107</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Forja*, 346.

<sup>108</sup> Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 885.

<sup>109</sup> THÉRÈSE DE L'ENFANT JÉSUS, *Histoire d'une ame*, Manuscrito C (3r).

<sup>110</sup> Cfr. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Camino*, 813-830.

<sup>111</sup> Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 883.

<sup>112</sup> Cfr. THÉRÈSE DE L'ENFANT JÉSUS, *Histoire d'une ame*, Manuscrito B (4 v).

<sup>113</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Camino*, 818; cfr. SANTA TERESA DO NIÑO JESÚS, *Carta* 171.

res, es precisamente la diferencia –el contraste– que encontramos, en lo que se refiere al estilo de cada uno de ellos.

Aunque Teresa de Lisieux tenía una clara conciencia de que lo que proponía tenía como horizonte una santidad grande, su escrita es fruto de la época, de las influencias culturales y literarias de entonces y del ambiente que la rodeó: encontramos en ella abundantes diminutivos, el gusto por las metáforas y las comparaciones de su «pequeña alma»<sup>114</sup>, con una flor, o una avecita, con un estilo y un lenguaje imbuidos de romanticismo.

En el extremo opuesto, lo que salta a la vista en san Josemaría, es precisamente la fuerza del lenguaje, su estilo vigoroso: la vida de infancia no es «*memez espiritual, ni “blandenguería”* –advierte– sino *camino cuerdo y recio*<sup>115</sup>». Y poco después, aclara: «*quien sigue el “Caminito de infancia”, para hacerse “niño” necesita robustecer y virilizar su voluntad*<sup>116</sup>». Insiste una vez y otra, para que no pueda quedar ninguna duda: «*Si no eres varonil y... normal, en lugar de ser un apóstol, serás una caricatura que dé risa*<sup>117</sup>»; o aún: «*Que vuestra oración sea viril. Ser niño no es ser afeminado*<sup>118</sup>». Sólo después de resaltar bien estas ideas se detiene en describir en qué consiste la infancia espiritual, y cómo se vive.

José Luis Illanes sugiere que tal vez la diferencia entre ambos –respecto del aprecio por las cosas pequeñas– pueda encontrarse en el hecho de que las cosas pequeñas para san Josemaría remiten a la vida ordinaria en el mundo, al vivir del seglar o cristiano corriente entregado a las múltiples y diversas ocupaciones seculares<sup>119</sup>.

## 6. COMO UN NIÑO, CUYA MISIÓN SUPERA LAS PROPIAS FUERZAS

San Josemaría se sentía como un Niño –un instrumento inepto– en las manos de Dios, para realizar la misión que tenía confiada. Mirando hacia atrás, hacia el comienzo de su vida, se refería a la misión divina que había recibido, afirmando que Dios, que juega con las almas como un Padre con sus

<sup>114</sup> Cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 927.

<sup>115</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Camino*, 855; cfr. *Camino*, 853, 854.

<sup>116</sup> *Ibid.*, 856. Este punto de *Camino* se refiere al libro del Padre Martín sobre la vía de Santa Teresa: cfr. RODRÍGUEZ, P., *Camino*, 918-919.

<sup>117</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Camino*, 877.

<sup>118</sup> *Ibid.*, 888.

<sup>119</sup> Cfr. ILLANES, J. L., *Existencia cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Pamplona: Eunsa, 2003, 126-132.

hijos pequeños, le había tratado cómo a un niño, dándole a conocer, no de una sola vez, sino poco a poco, todo lo que esperaba de él<sup>120</sup>.

En la homilía *La grandeza de la vida corriente* ilustra esta convicción con una imagen sugestiva. Relata que un día, al contemplar en la playa la puesta del sol, vio una barca acercarse y unos pescadores saltar a tierra. Comenzaron a sacar del agua la red repleta de peces con brío y energía. De pronto apareció un niño, cogió la cuerda con sus manitas y comenzó a tirar con evidente torpeza. Aquellos pescadores rudos debieron de sentir el corazón estremecerse y permitieron que el pequeño colaborase; no lo apartaron, aunque estorbara: «*Pensé en vosotros y en mí –confiesa– en ese tirar de la cuerda todos los días, en tantas cosas. Si nos presentamos ante Dios Nuestro Señor como ese pequeño, convencidos de nuestra debilidad pero dispuestos a secundar sus designios, alcanzaremos más fácilmente la meta: arrastraremos la red hasta la orilla, colmada de abundantes frutos, porque donde fallan nuestras fuerzas, llega el poder de Dios*»<sup>121</sup>.

Así se veía, como ese niño que tiene que llevar a cabo una misión, ciertamente superior a sus fuerzas, pero con alegría y confianza, sin angustia, pues se sabe mero instrumento, que colma de ternura el corazón de Dios, como estremecía el corazón de aquellos hombres rudos.

En otro momento, usando la metáfora del niño que construye un edificio guiado por la mano experta de su padre, expresa que para abrir camino a este querer divino –el Opus Dei– Dios le había llevado de la mano, a edificar su «castillo»<sup>122</sup>. Veía cómo el Señor lo había ido conduciendo, como en un juego divino, a construir la Obra de Dios, con todo su colorido y variedad, jugando con él como con un niño –*ludens in orbe terrarum* (Prov 8, 30-31)–<sup>123</sup>.

Porque siempre se consideró un hijo pequeño de Dios, podía dirigirse a su Padre con plena confianza, diciendo: «*Señor, Tú me has puesto aquí; Tú me has confiado eso o aquello, y yo confío en Ti. Sé que eres mi Padre y he visto siempre que lo pequeños están absolutamente seguros de sus padres*»<sup>124</sup>. Así fue siempre, con tonalidades diferentes, su oración –aclara–, y añade que este abandono en las manos de Dios anima a trabajar constantemente con rectitud de intención y con alegría, aunque haya dificultades y obstáculos en el camino<sup>125</sup>.

<sup>120</sup> Cfr. *Carta 14-IX-1951*, 3, citada en ARANDA, A., *El bullir de la sangre de Cristo*, 20-21.

<sup>121</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Amigos de Dios*, 14.

<sup>122</sup> Cfr. «Carta» 25-I-1961, 4, citada en ARANDA, A., *El bullir de la sangre de Cristo*, 27.

<sup>123</sup> *Ibid.* Cfr. *Amigos de Dios*, 152.

<sup>124</sup> JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Amigos de Dios*, 143.

<sup>125</sup> Cfr. *ibid.*, 143, 102.

El abandono no es quietismo. Quien ama no permanece inactivo, al contrario, el amor le estimula, le urge (2 Cor 5, 14). La imagen del instrumento no significa pasividad. Las personas, cuando son usadas por Dios como instrumento, son conducidas según su modo de ser, inteligente y libre. Si cooperan con docilidad, ponen en juego, activamente, todas sus capacidades<sup>126</sup>. Aunque, en último análisis, no importa la calidad del instrumento, pues su eficacia proviene de Dios (2 Cor 3, 5)<sup>127</sup>.

San Josemaría procuró siempre llevar a cabo lo que Dios le pedía, como un hijo pequeño que confía en la omnipotencia del Padre: con confianza, con seguridad, con la certeza de que su Padre lo puede todo. La filiación divina, vivida y sentida, le llevó siempre a la fortaleza y a la serenidad, y fue un aguijón constante para sentir la urgencia de ser fiel a la voluntad divina. Al sentir su incapacidad, recurría al Señor para que diese el remedio oportuno, pero no desistía: «*Pienso que he buscado cumplir su Voluntad, siendo mal instrumento como soy, pero sin interponerme; y siempre, cuando me he visto y me veo tan lleno de miserias y defectos, me dirijo a Dios que, como buen Padre, me acoge y quiere*<sup>128</sup>».

Afrontaba con paz las incomprendiones y las dificultades, también las relacionadas con la tarea de hacer el Opus Dei<sup>129</sup>. El ver, con tanta nitidez, que Dios lo trataba como a un niño, le llevó a cultivar el camino de infancia espiritual, como afirmó repetidas veces: «*mi oración ante cualquier circunstancia ha sido siempre la misma: Señor; Tú me has puesto aquí, Tú me has confiado esto o lo otro. Resuelve Tú todo lo que sea necesario resolver; porque es tuyo y porque yo solo no tengo fuerzas. Sé que eres mi Padre, y he visto siempre que los pequeños, que los hijos, están seguros de sus padres*<sup>130</sup>».

El esfuerzo de san Josemaría Escrivá por considerarse ante Dios como un hijo pequeño y por relacionarse como tal con su Padre, fue una constante, a lo largo de su vida. El Prelado del Opus Dei, D. Javier Echevarría, que convivió con san Josemaría decenas de años, testimonió su lucha por vivir continuamente con la actitud de un niño pequeño que busca los brazos fuertes del Padre o el amable regazo materno. Recitaba, por la mañana y por la noche, oraciones aprendidas en la infancia, saboreándolas con la absoluta seguridad de

<sup>126</sup> Pueden también consentir o rehusar ser instrumentos. Cfr. PHILIPON, M. M., *Los dones del Espíritu Santo*, 2 ed. Madrid: Palabra, 1985, 137.

<sup>127</sup> Cfr. HERRÁN, L. M., *Infancia espiritual*, 693.

<sup>128</sup> Cfr. ECHEVARRÍA, J., *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, 204.

<sup>129</sup> *Ibid.*, 204.

<sup>130</sup> *Ibid.*, 199-200.



un niño que se abandona en las manos de su Padre<sup>131</sup>. Con el paso de los años, su amor a Dios fue adquiriendo matices de una pasión ardiente, que no podía contener<sup>132</sup>. Recurría a la vida de infancia para fomentar la humildad y abandonarse totalmente en Dios. Le ayudaba acordarse de su niñez, cuando se sentía completamente seguro en las manos de su padre. Precisamente por esta infancia espiritual, tuvo siempre la fortaleza de no transigir en lo que Dios le pedía, dispuesto a pasar por encima de su persona, de su fama, de su prestigio, de su honra<sup>133</sup>. En 1969, decía a los que le acompañaban: «*pido al Señor y a su Madre Santísima que me hagan cada día más pequeño. Así, además de que tendrán que ocuparse de mí, si me dan un golpe, no lo notaré, porque los niños son de goma (...). Os aconsejo que os abandonéis en las manos de Dios, que son las manos más seguras*»<sup>134</sup>.

También le llevaba a comportarse con Dios como un hijo pequeño el trabajo sacerdotal que desempeñaba en la formación de los niños: aprendía de su candor y de su audacia, para vivir de la misma forma en su trato con el Señor<sup>135</sup>.

En 1970 comentaba el agradecimiento que sentía por esta vida de infancia que procuraba vivir: «*nunca agradeceremos a Dios la gracia que ha derrochado en hacernos pequeños*»<sup>136</sup>. Y el año anterior confesaba: «*¿sabes lo que vengo pidiendo en este último año? Vengo pidiendo al Señor y a su Madre Santísima –¡qué alegría me da que sea mi Madre, y la tuya, y la de todos los hombres!–, vengo pidiendo que me hagan pequeño, muy pequeño, para poder apretarme fuertemente contra sus Corazones*»<sup>137</sup>.

Repetía a diario y con extraordinaria frecuencia: «*¡confío en Vos, me abandono en Vos!*». Estos actos de confianza y de abandono resumen lo que san Josemaría revelaba en 1972: que había temporadas en que su oración y su mortificación consistían en vivir continuamente abandonado en Dios<sup>138</sup>. Llegó al abandono en Dios por esa oración incesante, unida a una vigorosa mortificación y al amor a la Cruz<sup>139</sup>. Consideraba que es precisamente en la Cruz como

<sup>131</sup> *Ibid.*, 206-207.

<sup>132</sup> *Ibid.*

<sup>133</sup> Cfr. *ibid.*, 205-206.

<sup>134</sup> *Ibid.*, 204.

<sup>135</sup> Cfr. *ibid.*, 206.

<sup>136</sup> Cfr. *ibid.*, 208.

<sup>137</sup> Cfr. *ibid.*, 208-209.

<sup>138</sup> Cfr. *ibid.*, 205.

<sup>139</sup> Cfr. *ibid.*, 209ss.

el cristiano se identifica mejor con Cristo, y por eso se hace más hijo de Dios. Mirando su vida, decía: «*me veo nada, y menos que nada: sólo he sido un estorbo. Por eso, cada día siento la necesidad de hacerme pequeño, muy pequeño en las manos de Dios. De este modo me consuelo con lo que he escrito tantas veces: ¿qué hace un pequeño? Entrega a su Padre un soldado descabezado, un carrete viejo, una bola de cristal de botella. Pues yo lo mismo: lo poco que tengo quiero darlo enteramente y de verdad. ¡Así, mi poquedad, fundida con la Pasión de Cristo, tiene toda la eficacia redentora y salvadora: nada se pierde!*<sup>140</sup>». Al unirse continuamente a la Pasión de Jesucristo, un hijo de Dios se hace un instrumento útil, pues de la Pasión de Cristo brota toda la eficacia redentora.

Casi en el ocaso de su vida en la tierra, a punto de su encuentro definitivo con Dios, en 1974, san Josemaría, encontrándose enfermo, con evidentes limitaciones físicas, declaraba que había tenido siempre el afán de predicar la vida de infancia. Y que, en esa ocasión, el Señor le hacía tocar, hasta físicamente, la realidad de ser como un niño pequeño<sup>141</sup>.

Así vivió toda su vida, desde los momentos en que presentía que Dios quería algo que él no sabía lo que era, pasando por los años en que Dios le fue dando luces fundacionales sobre el espíritu de la Obra de Dios, y en que luchó por realizar la voluntad divina, hasta las vísperas de su muerte. Así vivió y así alcanzó la madurez en la vida interior, la santidad. Juan Pablo II, en la audiencia que siguió a su beatificación, afirmó: «Dio prueba de una humildad extraordinaria, hasta al punto de que, en el final de su existencia, se veía “como un niño que balbucea”<sup>142</sup>».

<sup>140</sup> Cfr. ECHEVARRÍA, J., *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, 217-218.

<sup>141</sup> Cfr. *ibid.*, 31.

<sup>142</sup> JUAN PABLO II, «Discurso», 18-V-1992, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XV, 1, 1992, 1480.

## Bibliografía

- ARANDA, A., «El cristinao, Alter Christus, ipse Christus en el pensamiento del beato Josemaría Escrivá de Balaguer», en BELDA, M. (dir.), *Santidad y Mundo. Estudios en torno a las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá*, Pamplona: Eunsa, 1996.
- BENEDICTO XV, «Discurso», *AAS*, 13 (1921) 449s.
- BERROUARD, M.-F., SAINTE-MARIE, F. y BERNARD, C., «Enfance Spirituelle», en *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique* IV (1960) 682-714.
- BURGGRAF, J., «El sentido de la filiación divina», en BELDA, M. (dir.), *Santidad y Mundo. Estudios en torno a las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá*, Pamplona: Eunsa, 1996.
- CARDONA, C., «La clave de Forja», en GARRIDO GALLARDO, M. A., *La obra literaria de Josemaría Escrivá*, Pamplona: Eunsa, 2002.
- CASCIARO, J. M., «Fundamentos bíblicos del lema “ocultarme y desaparecer” de san Josemaría Escrivá», en CHAPA, J. (ed.), *Signum et testimonium. Estudios ofrecidos al Profesor Antonio García-Moreno en su 70 cumpleaños*, Pamplona: Eunsa, 2003.
- CASCIARO, J. M., «La “lectura” de la Biblia en los escritos y en la predicación del beato Josemaría Escrivá de Balaguer», *Scripta Theologica* 34 (2002/1) 140.
- CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Paedagogus*, I, 12, 16, 17; PG 8, 268d-269b.
- DE LES GAVARRES, A., *Carisma de Teresa de Lisieux*, Barcelona: Eiuinsa, 1993.
- DEL PORTILLO, Á., *Mons. Escrivá de Balaguer; testemunha do amor à Igreja*, Lisboa: Prumo, 1977.
- DE MEESTER, C., «Infancia Espiritual», en *Diccionario de Mística* (2002) 905-906.
- DOLZ, M., *Il Dio bambino. La Devozione a Gesu bambino dai Vangeli dell'infanzia a Edith Stein*, Milano: Mondadori, 2001.
- ECHEVARRÍA, J., *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, 2 ed. Madrid: Rialp, 2000.
- GAROFALO, S., «El valor perenne del Evangelio», en FABRO, C., GAROFALO, S. y RASCHINI, M. A. (eds.) *Santos en el mundo. Estudios sobre los escritos del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid: Rialp, 1993.
- GENNARO, C., «Infancia Espiritual», en *Diccionario de Espiritualidad* II (1987) 306-307.
- HERRÁN, L. M., «Infancia espiritual», en *Gran Enciclopedia Rialp* XII (1972) 692-694.
- JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Amigos de Dios*, 29 ed. Madrid: Rialp, 2002.

- JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Camino*, 69 ed. Madrid: Rialp, 2000.
- JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Es Cristo que pasa*, 38 ed. Madrid: Rialp, 2001.
- JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Forja*, 5 ed. Madrid: Rialp, 1988.
- JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Surco*, 18 ed. Madrid: Rialp, 2001.
- JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SAN, *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, 4 ed. Madrid: Rialp, 1969.
- JUAN PABLO II, «Discurso», 18.V.1992, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XV, 1, 1992, 1480.
- LOBO MÉNDEZ, G., *Deus Uno e Trino*, Lisboa: Diel, 2006.
- MARTIN, G., *O «Pequenino Caminho» de Infância Espiritual conforme a vida e escritos de Santa Teresa do Menino Jesus*, Viana do Castelo: Domingos A.G. Borlido, 1926.
- NOYE, I., «Enfance de Jésus», en *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique IV* (1960) 652-682.
- OCÁRIZ, F., «La Filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer», en RODRÍGUEZ Y OTROS (eds.), *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei. En el 50 aniversario de su fundación*, 2 ed. Pamplona: EUNSA, 1985, 173-214.
- PETTITOT, H., *Sainte Thérèse de Lisieux. Une renaissance spirituelle*, Paris-Tournai-Roma: Desclée, 1926.
- PHILIPON, M.-M., *Le Message de Thérèse de Lisieux*, Paris: Saint-Paul, 1951.
- PHILIPON, M.-M., —, *Los dones del Espíritu Santo*, 2 ed. Madrid: Palabra, 1985.
- POURRAT, P., «Enfance», en *Catholicisme IV* (1956) 652-682.
- REQUENA, F. M. y SESÉ, J., *Fuentes para la historia del Opus Dei*, Barcelona: Ariel, 2002.
- RODRÍGUEZ, P., *Camino*, ed. crítico-histórica, Madrid: Rialp, 2002.
- THÉRÈSE DE L'ENFANT JÉSUS, *Oeuvres Complètes. Textes et Dernières Paroles*, Paris: Du Cerf-Desclée de Brouwer, 1992. Versión portuguesa: *Obras Completas. Textos e últimas Palavras*, Paço de Arcos: Carmelo, 1996.
- TOMÁS DE AQUINO, *Opera Omnia*, Taurinii-Romae: Marietti, 1939-1967.
- VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El fundador del Opus Dei: vida de Josemaría Escrivá de Balaguer, I, ¡Señor, que vea!*, Madrid: Rialp, 1997.
- VÁZQUEZ DE PRADA, A., *El fundador del Opus Dei*, Madrid: Rialp, 1983.